

ADOLFO SÁNCHEZ VÁZQUEZ

EL MEJOR HOMENAJE ES IMITARLO CADA DÍA

Federico Álvarez

Adolfo Sánchez Vázquez, *in memoriam*

Él era amigo de mi padre desde la Guerra Española, y fue en mi casa mexicana, en las para mí añoradas calles de Edison, donde lo conocí en 1948, recién llegado yo de Cuba, que fue el primer país de exilio de mi familia. Tenía yo 21 años y él diez años más. Se reunía en mi casa el consejo de redacción de la revista *Nuestro Tiempo*, una de las revistas de los intelectuales españoles exiliados, diseñada por Miguel Prieto, querido compañero y maestro en tantos quehaceres editoriales durante todos los años que todavía le tocó vivir entre nosotros. Por entonces entré yo en aquella vida exiliada con compatriotas que, a pesar de la diferencia de edades, me trataban con afecto y confianza inolvidables. Con ellos entré también muy pronto en la vida intelectual mexicana, con Adolfo Sánchez Vázquez y Juan Rejano, que me llevaron de la mano a conocer a otro amigo excepcional, Fernando Benítez, que dirigía entonces el periódico *El Nacional*, en la calle Colón, en un segundo piso, en el que una gran ventana nos dejaba ver la hermosísima Alameda de entonces. Con él, con Fernando Benítez, fui luego a las páginas del suplemento de *Novedades*, que diseñaban Vicente Rojo y su maestro Miguel Prieto, donde tuve a gloria conocer a lo más alto de la cultura mexicana, desde don Alfonso Reyes y Octavio Paz, Arreola, Juan Rulfo y Carlos Fuentes, hasta los más jóvenes, Juan García Ponce, Carlos Monsiváis y José Emilio Pacheco, verdaderos hermanos de la juventud. Y a Henrike González Casanova, Ermilo Abreu Gómez, Efraín Huerta y Juan de la Cabada, gran personaje a quien todos queríamos con un afecto grande que era el que salía de su ojos y de su sempiterna sonrisa; y a tantos más, cuya amistad, tan generosa, me convirtió —a pesar mío— en un inevitable joven petulante.

Algunas noches salíamos juntos del edificio de *Novedades* en la Reforma, y paseábamos charlando, en aquel Paseo sin igual de los años cincuenta, en el que de repente podíamos



ver pasar a nuestro lado a una joven cabalgando un hermoso caballo; acompañábamos a Miguel a su casa (que vivía en la calle Atoyac) y luego nos devolvíamos, como dice la canción, no del puente sino de la Diana Cazadora hasta el Caballito, el Caballito de antes (siempre el antes nostálgico y lejano), hasta Edison, y Adolfo y Juan Rejano subían a casa seguros de que mi madre había ya preparado las inevitables tortillas de

patatas. En aquellas reuniones, en aquellos paseos y en aquellas cenas ocasionales se forjó mi amistad perdurable con Adolfo Sánchez Vázquez, mucho antes de que pisáramos la Ciudad Universitaria y nuestra Facultad de Filosofía y Letras.

Por entonces, Adolfo Sánchez Vázquez se ganaba apuradamente la vida traduciendo sin descanso para la editorial Grijalbo, militando a diario en la organización en México del Partido Comunista de España y dirigiendo uno de sus círculos de estudio (y, yo a su lado, con méritos escasos) donde estudiábamos, una y otra vez, *El capital*, sin poder pasar, víctimas siempre de circunstancias imponderables o de algún extraño maleficio, de las primeras doscientas páginas del primer tomo (como decía Quevedo, con muy diferente y conocido motivo, “quien lo probó lo sabe”); *El capital* traducido, claro, por otro íntimo amigo de mi padre (tal vez su mejor amigo) y de Adolfo, Wenceslao Roces, Wences para sus muchos amigos, mi querido profesor de Historia de Grecia, en estas mismas aulas de nuestra Facultad. (Tengo todavía aquel volumen de fascículos encuadernados de *El capital*, editados en 1930 por la editorial Cenit de Madrid, que me regaló, antes de marchar a España, donde iba a ser fusilado, Julián Grimau —en la primera página están sus iniciales—, volumen que Adolfo veía con envidia y Roces con nostalgia). En aquellos círculos de estudios, Roces y Sánchez Vázquez fueron, por primera vez, mis maestros.

Allí descubrí el ceño y los labios fruncidos de Rocés, cuando iba a decir algo indudable, algo certero, y aquel gesto curioso de Adolfo de levantar repentinamente la cabeza y echarla para atrás al presentir la polémica y prepararse para disentir.

Suele ignorarse un aspecto íntimo, agobiante, de la vida de Adolfo Sánchez Vázquez: la demora que tanto le amargaba en la reanudación de sus estudios universitarios, interrumpidos en su inicio por la guerra. Cuando lo conocí, ya en México, después de los primeros ocho años de exilio (que yo había pasado en Cuba), todavía no había logrado ingresar en la UNAM, y aún pasarían varios años más hasta lograrlo. Todo su tiempo lo dedicaba a la militancia política y a la traducción (que aborrecía). Cuando yo mismo —mucho después— empecé a traducir, me dijo casi con espanto: “¡Deja eso! Acabará devorándote”. Era la expresión inmediata de su íntima desazón de estudiante imposible. Cuando al fin logró un mediano acomodo económico, logró entrar en la Facultad, pero como estudiante de la carrera de Letras, allí, en Mascarones (yo allí también, pero en el Palacio de Minería, estudiando los primeros años perdidos de la carrera de ingeniería). Tarde se dio cuenta —cuando redactaba ya su tesis de licenciatura sobre el tiempo en Antonio Machado— que su vocación verdadera, a pesar de su viejo libro de poemas, era la Filosofía. Comenzó, pues, más demorado aún, su nueva carrera. A muchos nos ha pasado eso.

Pero esa continua posposición de sus estudios, de su titulación, de su carrera profesional, tuvo una virtud que él comentaba casi con entusiasmo. “¿Te imaginas —me decía riéndose— qué cosas hubiéramos acabado escribiendo si hubiéramos empezado a hacerlo antes del discurso de Jrushov? Loas a Stalin”. No, nunca hubiéramos escrito loas a aquel gran canalla de nuestra historia política personal. Pero difícilmente hubiéramos salido del marxismo ortodoxo y monológico. Otro factor histórico decisivo le ayudó —como a otros— a salir de aquel encierro intelectual sellado. Puedo hablar de ello porque figura en su autobiografía inédita, que tal vez pueda publicarse este año. En el seno del Partido Comunista de España (en su delegación en México) se debatía tensamente (aun antes del famoso discurso de Jrushov) la gran cuestión de la democracia interna. Adolfo (y mi padre) eran entonces miembros del comité de la agrupación, que reunía en México a cerca de 400 comunistas, mandos militares muchos de ellos en la guerra. El Comité Central, desde su reconstitución en París, después de la derrota del hitlerismo, enviaba a México orientaciones ya definidas, documentos ya aprobados, instrucciones no discutidas. El disgusto crecía lentamente y también la desaprobación. En 1956, Adolfo Sánchez Vázquez y otro compañero, ya también fallecido, fueron llamados a París a discutir cara a cara la cuestión con los dirigentes del Comité Central. Frente a Santiago

Carrillo, Fernando Claudín y Federico Sánchez (Jorge Semprún), Adolfo Sánchez Vázquez defendió tercamente la necesidad democrática, antidogmática, anticontralista, de discutir colectivamente los grandes problemas políticos que empezaban ya a plantearse como antecedentes, todavía tempranos, de lo que habría de ser, primero, el “deshielo soviético” y luego, para nosotros, entonces, la tan mentada “transición” española.

Hay que decir —el propio Adolfo Sánchez Vázquez lo dice en sus apuntes autobiográficos dictados a su hija Aurora Sánchez Rebolledo— que en aquellas discusiones fue inflexiblemente obligado a aceptar sin discusión la jerarquía del Comité Central y, derrotado en toda la línea, volvió a México con la triste noticia de la necesidad de acatar las decisiones del organismo superior y asumir la disciplina partidaria. Cuando habló a la asamblea, ya en México, respaldó la decisión del Comité Central y seguidamente renunció a su puesto en el comité local. Así lo hizo también mi padre.

Y Adolfo redujo entonces su militancia al mínimo, terminó la carrera de Filosofía rápidamente e hizo su tesis de maestría, ya con cuarenta años, sobre *Conciencia y realidad en la obra de arte*, tesis que luego rechazó por contener todavía muchos elementos de ortodoxia dogmática. Empezó, pues, escribiendo sobre estética. Era un modo de tomar distancia. Su primer libro se ocupaba de *Las ideas estéticas de Marx* (1965). Muy lentamente se apartaba de la ortodoxia acudiendo a los escritos de Marx y a los de otros estéticos de todas partes que, cada vez en mayor número, iban adoptando posiciones parecidas contra aquel monologismo escolástico (yo me atreví a decir “eclécticas”). Él fue uno de los pioneros (en nuestra lengua, creo que fue el primero) en atacar el sectarismo del “realismo socialista” y la intolerancia en el campo de la estética. Y de la estética pasó a la teoría política. De repente cobró conciencia de su función intelectual y se lanzó a escribir de manera incesante lo que el tiempo que vivíamos le estaba pidiendo. Fue un largo proceso de incesante ruptura, una carrera contra reloj. Puede afirmarse, pues, que, como dicen en los hipódromos, era un caballo que venía de atrás... En realidad, no era una situación especial, personal. Toda una generación intelectual, la generación española que participó en la Guerra Civil en plena juventud y tuvo que pasar al exilio, suele a veces denominarse, cuando se habla de la anterior generación del 27 o de la generación de la posguerra, como la “generación intermedia” o, con cierta melancolía, como la “generación perdida”.

A ella pertenece Adolfo Sánchez Vázquez. Algunos de sus miembros alcanzaron con gran esfuerzo un prestigio intelectual tardío, pero muy merecido. Pero ninguno como Adolfo Sánchez Vázquez. Venía de atrás, pero supo

colocarse a la cabeza de su generación y alcanzar, al cabo, el doctorado en Filosofía en 1966, a sus 51 años de edad, con su tesis *Sobre la praxis* (que vi crecer y que conservo todavía en mimeógrafo). Y luego, con un esfuerzo incesante del que no conozco igual, la cátedra de tiempo completo. Hubiera parecido a muchos que al fin había alcanzado su meta ansiada. No, aquello no fue meta sino punto de partida. Había publicado ya algunos ensayos muy valiosos sobre problemas de estética y empecé entonces a escribir sin descanso la obra suya, decisiva, que hoy conocemos. En poco más de 20 años escribió casi treinta libros. Empezó reescribiendo su tesis doctoral que se convirtió en *Teoría de la praxis*, su libro más importante, y todavía, hace acaso diez años, hablaba con algún desgano de cambiarle algunas cosas. Era su diamante que no dejaba de tallar. Una gran obra de filosofía política en que la praxis reasumía su rol esencial.

La democracia no existe sin el socialismo (aunque nos pregonen todos los días una inexistente democracia capitalista “de mercado”, es decir, de banqueros y especuladores sin fronteras), pero tampoco el socialismo sin democracia, y esa es la lección mayor que nos ha dejado el socialismo frustrado, muchas veces trágico, del siglo XX. Cuando le presenté mi tesis de doctorado, ya terminada, pidiéndole que fuera parte del tribunal de examen, se quedó espantado nada más ver su título “Eclecticismo, marxismo y transmodernidad”. “¿Pero estás loco? Tú sabes —me dijo reprendiéndome— que el primer día de clase yo digo a mis alumnos que pueden defender en mi salón la filosofía que quieran (desde el nihilismo hasta la teología escolástica, pero nunca eclécticos)” Sí, yo lo sabía. Traté de explicarme. Pero él no salía de su desconcierto. Leyó la tesis y le gustó con ciertas matizaciones sobre aspectos que no son del caso tratar aquí. Luego hizo un prólogo muy elogioso para la edición cubana. En aquellas páginas me demostró hasta qué punto tenía en él a un gran maestro y a un amigo excepcional.

Más tarde, al preparar la edición de las muchas entrevistas que concedió a lo largo de su vida, y que publicó la Facultad en 1995, me referí en la “presentación” del libro a la situación del marxismo en nuestro tiempo. Hablaba yo de los “neomarxismos” y de la necesidad de “ir más allá de Marx”, palabras que podían no gustar a Adolfo, y fui corriendo a consultárselo. Me sorprendió la seguridad, el énfasis casi, con que dio su aprobación a ambas formulaciones. Pensó en voz alta: “Ha pasado mucho tiempo desde la muerte de Marx y han ocurrido muchas cosas, dos guerras mundiales, el hitlerismo, la revolución china, la revolución cubana, la guerra de Viet Nam, el hundimiento de la Unión Soviética; si no somos capaces de elaborar un seguimiento contemporáneo de las ideas de Marx, de las ideas del socialismo, no saldremos de este horror neoliberal”. Hablamos un poco. Mis

conversaciones con él siempre han sido breves. Salvo las antiquísimas, colectivas, del Paseo de la Reforma, en las que hablábamos más de literatura y arte que de política.

Cierto día, como tantas otras veces, me lo encontré en los pasillos de la Facultad. Iba él, como siempre, despacio, alta la cabeza, con un paso casi señorial. Tal vez fuera tradición andaluza. Yo iba, como siempre también, rápidamente, como si estuviera a punto de llegar tarde a una cita, por otra parte inexistente. Cuando llegué ante él se rió y me dijo: “Calma, Fede. No hay prisa. Acaban de decirme que se ha pospuesto la toma del Palacio de Invierno”. Me detuve, claro, sonreí casi melancólicamente, y le dije: “¡Qué lástima!” Le seguí a su paso. “Ni siquiera hay un Palacio de Invierno al que haya que asaltar”, me dijo. “No”, le respondí: “Sería fácil e inútil”. Le sugerí algo sobre lo que ya le había preguntado: “La hegemonía, de Gramsci, ¿no?”. “Tarea larga”, me dijo. “No lo veremos; pero todavía habrá que hacer la revolución. No sabemos cómo. Hay que pensarlo. Si no lo pensamos los intelectuales, nadie creo que lo hará. Pero la revolución, sí; habrá que hacerla. Su hora llegará”.

La enfermedad lo fue lentísimamente agotando. El señor rector lo visitó dos veces. Estaba muy orgulloso. Habló bastante con él sacando fuerzas de flaqueza. Se puso la chamarra de los pumas que le llevó el rector. Dijo todo lo que le debía a la UNAM. Qué hubiera sido de él sin la UNAM. Su vida en México, era su vida en la UNAM. Su casa. Otro día se quejaba: “Acércate. No te oigo bien”. Y otro día: “Estoy perdiendo la vista, Fede. Veo sólo espacios, cuerpos...” A últimas horas sólo le interesaba la autobiografía que había dictado a su hija Aurora. Se le animaba la cara. “¿Quién crees que la puede publicar?” Volvía yo la semana siguiente, y de nuevo: “¿Qué te ha parecido?” Yo le decía que nos dejara arreglar el ritmo entrecortado del dictado, la sintaxis oral. Aurora lo convencía. “Sí, sí, haz lo que te parezca mejor”. Y yo: “¡Ese capítulo de la juventud... ¿es que nunca te has ido de copas? (yo sabía que sí). ¿Es que nunca has ido a una casa de mala nota? ¡Y en Andalucía!” Se molestó. No había imaginado que yo pudiera decirle eso, y pronto me arrepentí. Frunció el ceño y dijo, levantando un poco el tono ya muy débil de su voz: “Yo no hablo de eso”. Le faltó decir: “Es la autobiografía de un intelectual comunista”. Sí; eso es lo que es. Eso es lo que él era. Un hombre de una honestidad política intachable; un pensador de un talento brillante, yendo siempre a más; un profesor claro, lento, paciente, seguro, elegante en su palabra, dueño de lo que decía. El mejor homenaje es imitarlo cada día. ■

Federico Álvarez (San Sebastián, 1927). Filósofo y literato español, nacionalizado mexicano. Ha vivido su exilio como hijo de republicanos españoles en Cuba y en México. Profesor de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. Publicó recientemente el libro *Vaciar una montaña*, que recoge 134 de las glosas aparecidas en su columna semanal del periódico *Excelsior*, entre 1998 y 2006. Es miembro del Concepto Editorial de *Archipielago*.